

CONFIDENCIAS
de un ÁRBOL



Enrique González Rojo

Tercera Serie
LECTURAS 53 MEXICANAS

CONFIDENCIAS de un ÁRBOL

Antología poética
(1981-1990)

Selección
del autor

Presentación
de Federico Patán

Enrique González Rojo

Tercera Serie
LECTURAS **53** MEXICANAS



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

PRESENTACIÓN

HIJO Y NIETO DE POETAS

Se antoja iniciar este breve ensayo sobre González Rojo parafraseando a García Lorca. El romance diría entonces: "Enrique González Rojo,/ hijo y nieto de poetas,/ con fino dardo en la pluma/ va en los libros a la guerra." Porque en efecto, Enrique nace y crece en un medio gobernado por la poesía; siempre la sintió, rodeándolo y en algún momento supo, tal vez desde muy temprano, cuán obligado estaba a obedecerla. Hay llamados ineludibles, surgidos quizá de la herencia genética, o del entorno espiritual, o de una vocación moldeada por la voluntad. Caso más creíble, pudiéramos mezclar los tres elementos y hallar en el resultado la razón verdadera.

Sabemos que en algún rincón no demasiado oculto de Enrique vive un músico frustrado, al que se permiten salidas a la superficie. Es de suponer que este ser de nostalgias buscó la supervivencia en el gusto por escuchar discos, asistir a conciertos, heredar su afición a una cuarta generación de González hoy floreciente y, mucho sospechamos, entrar en la poesía de Enrique y sentirse creador vicariamente. Esa presencia tiene, queremos suponer, distintas facetas. Una primera y obvia, la mención de ciertos músicos —Respighi, Haydn, Debussy, Mozart— en varios poemas, ejemplos de lo cual encontramos en *El quintuple balar de mis sentidos*, libro de 1976, en cuyo título aparece una constante de esta poesía: el placer de la sensación, el deleite en la sensualidad, el respeto por el cuerpo como único vehículo de nuestras posibilidades de existencia, sean físicas o del espíritu. Mas hablábamos de música. Una segunda faceta, por menos palpable de mayor importancia, surge en la estructura no sólo de cada poema, sino de cada sección, de cada libro y del ciclo de obras ya escrito por Enrique. Si toda composición musical es, aparte de otras consideraciones, una busca de orden, mediante la cual el mensaje halla su estructura ineludible y necesaria en el desarrollo equilibrado de los elementos arquitectónicos —Bach y Ravel bastante dicen al respecto—, Enrique opta por el mismo sistema en sus escritos.

En efecto, un rasgo distintivo de Enrique como poeta es el cuidado extremo que pone en el ensamble de sus piezas. Tomo una a modo de ejemplo: el monólogo "De don Juan". Tres secciones claramente delimitadas explicitan la estructura del texto: en la inicial don Juan hace memoria de sus ayeres amorosos, y a la nostalgia de lo perdido se une el recuerdo del juego erótico, de la rotunda fuerza del impulso sexual, ya imposible para este personaje que

intuimos anciano. En la parte media don Juan enumera las interpretaciones doctas hechas de su caso, y se habla de narcisismo, de homosexualidad, de edipismo; una corriente subterránea de ironía socava tales explicaciones, esa ironía feroz y lúcida que con tanta precisión maneja Enrique en sus textos. En la tercera parte don Juan confiesa su soledad atroz, castigo verdadero a su pasado, y un punto final que multiplica al infinito el vacío de aquella soledad: "... se vendrá hacia mí la nada a saludarme". Entonces, queda claro el cuidado que se pone en levantar una edificación en la cual el montaje de los distintos cuerpos o niveles dé significado a la totalidad.

Ese cuidado también aparece, lo dijimos ya, en las secciones de poemas. Si volvemos a don Juan, vemos que pertenece a un conjunto de seis textos llamado "Los monólogos". Examinado el grupo, notamos de inmediato que las composiciones forman tres pares, cada pareja con una voz masculina y otra femenina: los monógamos, los adúlteros y los polígamos. En otras palabras, el examen de la situación amorosa va del caso mayoritario al menos frecuente, y de todos plantea sus nada fáciles problemas. La sección, podemos asegurarlo, encaja perfectamente en la estructura general del libro que la cobija. El libro, claro, se une a otros para conformar un panorama amplio de la aventura humana. Pero 'un panorama visto desde la muy particular perspectiva de Enrique. Adelantemos que el plano arquitectónico trazado por el autor con tanto empeño es, en gran medida, una de las esencias íntimas de esta propuesta poética, uno de sus significados más importantes. Enrique llama a su intento de exploración *Para deletrear el infinito*. Antes de pasar al estudio de sus elementos constitutivos, vayamos al origen, donde bastantes cosas se explican.

Un poeta es su circunstancia, pero infiltrada por la voluntad de cambio. González Rojo conoce y ama la obra de su padre y la de su abuelo; amor y conocimiento que en sí planteaban el problema de la independencia artística, única en asegurarle a Enrique la posibilidad de ser él mismo y, en consecuencia, de alcanzar futuro. Enrique es su circunstancia, y ello significa condiciones de hecho que influyen en las concepciones poéticas. González Martínez nace en 1871 y pertenece al modernismo; González Rojo es de 1899 y su poesía señala una modificación clara de lo escrito por la generación anterior, ya que a través de la inteligencia busca una expresión "intelectualista y purista", que desemboque en "la nitidez de la imagen", según lo expresa Salvador Elizondo en el prólogo al libro *Tres Enriques*; de 1928, Enrique está formado en un México que se siente poderoso en su despegue económico, que parece tranquilo en su estabilidad social y que mira al mañana con bastante calma. Situamos a Enrique entre los que Enrique Krauze llama "los poetas del medio siglo", grupo en el cual lo acompañan,

entre otros, Tomás Segovia, Rosario Castellanos, Rubén Bonifaz Nuño, Marco Antonio Montes de Oca y Eduardo Lizalde.

Estos dos últimos, junto con Rosa María Phillips y Arturo González Costo, forman con Enrique un movimiento abortado, que tuvo por nombre el de Poeticismo, y cuya fecha de nacimiento es 1948. Enrique ha dicho que buscaban oponerse a la institucionalización de la poesía. Si ponemos los ojos en ese México supuestamente firme de los cincuenta, la imagen de complacencia obtenida explica bien la posición adoptada por los poeticistas: sacudir de su modorra al medio ambiente. ¿No propuso lo mismo, por otros medios literarios, la generación de los nacidos entre 1935 y 1950, cuya obra comienza a surgir *en los sesenta*?

Volvamos aquí a lo que llamamos la circunstancia. Enrique nace en un medio regido por la poesía, a una poesía significada por la inteligencia, por el rechazo del adorno excesivo, de la imagen convencionalmente poética, del lirismo de vocabulario un tanto hueco; es niño en una época de importantes cambios sociales, desembocada en la calma de los cuarenta; se forma como adolescente en esa calma e inicia su producción en 1947, con *Luz y silencio*. Pero a la circunstancia agreguemos ahora la voluntad. Tras examinar el mundo que lo rodea, Enrique decide estremecerlo un poco mediante una poesía donde la satisfacción pequeñoburguesa no tenga cabida. Con ello queremos decir lo siguiente: para la conciencia de la clase media la poesía es una actividad marginal, llevada a cabo por un conjunto de seres marginales a quienes se tolera mientras no den lata, o no demasiada lata. Incluso se inventan premios para hacerles creer que se los estima, aunque no se los lea. Entonces ¿por qué no intentar ponerle una carga explosiva a tal concepto, mandarlo en fragmentos por el aire e impedir que la gente cierre los ojos ante la poesía? El enemigo era poderosísimo en número y el intento quedó sólo en intento.

Pero no sin ganancias, aunque éstas fueran sólo para los integrantes del Poeticismo e, indirectamente, para un cierto modo de ver la poesía. Enrique conserva las señales, o si se quiere las cicatrices, de aquel origen. Su escritura fue y sigue siendo de ataque feroz contra la indiferencia hacia el ser humano desprotegido, de exploración rabiosa de la fragilidad del hombre, de análisis despiadado de las respuestas que ese hombre inventa ante los grandes misterios y, en el fondo, de ternura expresada en ira, en inconformidad y en ironía. El instrumento que Enrique ha ido puliendo, libro a libro, participa asimismo de la circunstancia y de la voluntad. La primera consiste en que su padre, y su abuelo le demostraron cómo la poesía no sólo acepta, sino que necesita una buena dosis de

inteligencia y lucidez, expresadas en versos aligerados de retórica excesiva y, en el caso de Enrique, atemperados en su desesperación y en su amargura por un sentido del buen humor y de la burla constantes. En cuanto a la voluntad, aparece no sólo en la aceptación de una herencia poética —en la que pesa mucho la comprensión del entorno y la solidaridad—, sino en la fabricación del medio expresivo. Haciendo breve resumen de esto, digamos que esa busca intenta la racionalización de las técnicas para crear imágenes poéticas.

Detengámonos aquí un momento. Hablamos de cómo Enrique cuida la estructura de poemas, grupos de poemas, libros y, últimamente, el ciclo total de sus obras. Hay en ello un intento claro de ordenar el universo. Cuando vemos entonces el cuidado puesto en deducir las leyes que rigen la creación poética, ambos empeños se unen y explican lo deducido por el autor: si el hombre es un ser frágil, sujeto a los vaivenes del entorno y en lucha contra los grandes misterios de la vida, necesita el apoyo de un sistema ideológico que estructure la visión del mundo, haciéndola comprensible o lógica. Por tanto, la concepción formal con la que Enrique ha ido estructurando su poesía es parte fundamental de la expresión ideológica. Podemos hablar de un binomio indisoluble compuesto por la incertidumbre del existir y la seguridad del medio hallado para describirla y, con ello, neutralizarla a través del conocimiento.

Aclaremos que lo anterior no significa rigidez. Ciertamente que en la parte formal Enrique prefiere poemas en verso libre, generalmente extensos, creados a partir de un concepto central apoyado en el entrelazamiento de figuras poéticas referidas a un mismo campo de significado. Vemos esto en "Confidencias de un árbol" o "En el mercado", por mencionar dos ejemplos. Mas Enrique infiltra en la solidez estructural el concepto de cambio, sin el cual no hay avance posible. En tal sentido, rechaza ferozmente el dogma, símbolo aplastante de la inmovilidad y la intransigencia. Una vez más, la doble sustentación aparece, ahora en otro sentido: a la precisión formal del universo escrito corresponde la movilidad del hombre, ser en constante modificación. Quizá por eso Ulises representa para Enrique un aspecto esencial de nuestra naturaleza. Sin duda por ello la eternidad de la materia es una sucesión de momentos individuales, representados por todo hombre que ha vivido, quien es "una etapa consciente, angustiada y vigilante". O si lo queremos visto de otra manera, el impulso fáustico del hombre va de personaje en personaje, y entonces Orfeo es Hércules, que es Ulises, que es Fausto, que es don Quijote, que es etcétera. Parafraseando a Enrique, diremos que el infinito

del impulso creador presenta los muchos finitos de los seres obsesionados por la búsqueda de las respuestas al enigma central: el propio ser humano.

La poesía de Enrique tiene un protagonista único: el hombre cotidiano, de cuyo número inmenso, por una regla de sobra conocida, surge con bastante frecuencia un espíritu sobresaliente. Es decir, todos participamos en la creación de esas excepciones y éstas nos representan a todos. De aquí la acertada unión de Ulises con nuestro mundo moderno de agobiantes cuanto menores experiencias urbanas. Ese hombre cotidiano vive exasperado por su condición, y a través de voces como la de Enrique hace conocer su protesta. He aquí el mismo fenómeno de nuevo. No hay duda de que la obra de Enrique es autobiográfica, y una cita lo prueba sin titubeos: "Acabo de editar un nuevo libro/ que se encuentra empastado por dos trozos/ de mi alma." Pero en la voz individual hallan presencia las voces anónimas, tal como, si vamos a la experiencia del amor, en una mujer se encuentra la suma de las mujeres y viceversa o, en cita tomada de Enrique: "Mas todas son Beatriz, en todas se halla/ la piel endecasílabo/ de la amada de Dante."

En razón de esta simbiosis entre lo individual y lo colectivo, escribir poesía es hablarse a nombre de todos. Una lectura del poema "Las cartas en la mesa" lo testimonia en abundancia, pues quienes vayan a esos versos "hallarán los huesos calcinados y carcomidos,/ enlamados y polvorientos./ de un recóndito *tú*". La poética de Enrique aparece en distintas ocasiones, dispersa en los distintos libros que lleva escritos. Aparte de la cita arriba anotada, otra ayudará a terminar de comprender la intención fundamental de la obra que comentamos: "Se requiere también un poeta de la guarda/ que sea cronista/ de la historia verdadera de las cosas sin historia", donde no dejan de encontrarse ecos de la "intrahistoria" promovida por Unamuno. Ulises como ser cotidiano es resumen certero de tal imagen poética central.

Ahora bien, ¿quién es dicho hombrecito de la aventura diaria en calles pasmosamente grises? Siempre hemos creído acercadísima una descripción hecha por Enrique: somos "un ente con los ojos llenos de metafísica y legañas", pues la doble condición de nuestro acontecer queda allí plasmada de manera inmejorable. Sancho y Quijote por igual, el hombre va cumpliendo una marcha llena de desprendimientos y adquisiciones, que en algún momento futuro lo dejará más cerca de la metafísica que de las legañas, aunque sin renunciar jamás del todo a éstas, simplemente porque le es imposible dada su condición

corporal. Ocurre, y es claro de aceptar, que vamos en busca de comprendernos, y la etapa inicial consiste en renunciar "al dolor de las bestias/para empezar a padecer como hombre". A partir de allí, el padecimiento estará en un ir adquiriendo conciencia de nuestra soledad en el universo. Nos aceptamos, tal vez segunda etapa, mortales, pues sufrimos lo que con gran certeza Enrique llama "una embolia de tiempo". En "El camino y el viandante" encontramos una de las expresiones adoptadas por esta meditación acerca de la temporalidad humana. Si volvemos a Ulises, vemos que "el camino es infinito/ y él tiene los kilómetros contados". Pero una vez más, el encadenamiento de los espacios vividos por los individuos da una solución al problema, pues crea la eternidad.

Hablamos de soledad en el universo. Quisimos expresar con ello la necesidad de eliminar a Dios como respuesta a los enigmas que significamos. Es una de las renunciaciones más dolorosas, pero también imprescindibles para crecer. Por ello en "Antesala" se instala "al deicidio/como una más entre las bellas artes". El hombre entabla querrela contra Dios y termina aceptando la inexistencia de la divinidad y del azar, creándole entonces a esa entidad extrahumana su propia soledad. Vemos entonces que en el hombre se establece la voluntad de ser a imagen propia: de barro, de tiempo, de angustias y de aceptación final de esas limitaciones, única respuesta digna.

Así las cosas, volvemos a la comunidad, albergue natural del hombre. Y en la comunidad, la escabrosa relación con la pareja elegida es otra posibilidad de diálogo. En la poesía de Enrique, y es justo suponerlo, el amor aspira a lo espiritual partiendo de lo físico, en una versión nueva de la metafísica y las legañas. El acercamiento entre hombre y mujer está lleno de exigencias y egoísmos de dimensiones variadas, que llenan de tropiezos el desarrollo de la unión. Mas sólo en ésta hay posibilidad de complementación y felicidad. Tal contradicción aparece descrita en poemas como "A Orfeo se le acabó un día el tiempo" y "En un hotel"; en este último una pareja transitoria encarna por un momento a todas las famosas parejas de amantes que en el mundo han existido, con lo cual volvemos a una de las líneas temáticas más importantes en la poesía de Enrique.

Como hemos ido viendo, esta poesía, de corte lírico en un sentido amplio, fundamenta su modo de ser en la filosofía, entendiéndose por tal una indagación en la naturaleza humana. Vimos parcialmente cuál era la expresión formal del universo propuesto por Enrique: en gran medida, poemas extensos sin rima; se diría una especie de silva o de

oda muy suelta en la rigidez de sus elementos y siempre polirrítmica en los versos sucesivos. No significa esto ausencia de otras formas poéticas: silva clásica, composiciones endecasílabas, poemas breves, epigramas. En todas ellas aparecen elementos que las significan como creaciones de la misma pluma. Por ejemplo, la inserción continua de apuntes culturales, ecos que con su presencia dan una dimensión más al texto. Pueden consistir en nombres de personajes, en su representación de una faceta humana, y varios quedaron mencionados a lo largo del ensayo: Orfeo, símbolo del poeta por excelencia; Ulises y su largo exilio, etcétera; pero también están Prometeo, Dante, don Juan, Quetzalcóatl, Virgilio.

En otro orden de cosas, una cita o mención ocasional nos lleva a otros escritores cuyo nombre matiza el sentir de los versos que los incluyen: Lope de Vega, Cernuda, Aleixandre, Vallejo, Rilke, Pound, o esas manos "blancas y finas" eco de Díaz Mirón, y ese "rayo que no cesa" venido de Miguel Hernández. Todo esto aleja la poesía de Enrique de una lectura sencilla, comprensible a un primer golpe de vista. Sin embargo, neutraliza la dificultad el lenguaje utilizado. Porque Enrique escribe una poesía que llamaremos narrativa: en los poemas hay anécdota, compuesta de una serie de sucesos menores cuya suma da el sentido general de la composición. Aunque los incidentes pertenezcan al mundo cotidiano, su significado los coloca en el ámbito de lo espiritual, y podemos asegurar que la obra de Enrique es una autobiografía del pensamiento, entregada por medio de los objetos concretos de la vida diaria. En "El poeta", los muebles funcionan como expresión de quien los utiliza, dándose una simbiosis de tal grado, que hay "un piano compasivo que me toma de los dedos".

Esto señala de nuevo la relación metafísica-legañas en que hemos insistido. Enrique sabe que hemos dejado atrás los grandes héroes del pasado. Ahora, Ulises es un humilde ser cotidiano perdido en el laberinto de la urbe, los amantes van a un hotel de paso y el escritor recibe sus poemas mediante el teléfono. Enrique nos ha tomado por protagonistas de su odisea. De hecho, es lo que ha venido haciendo la literatura desde, minimamente, el siglo XIX. Porque somos personajes circunstanciales del mundo, y a través de un quehacer, pequeño pero voluntarioso, creamos los grandes cambios, al acumular nuestros variados empeños.

Sucede entonces que, para mejor interpretarnos, Enrique viene a nuestro lenguaje y lo pone en su poesía. No encontraremos en ella palabras de diccionario, sino aquéllas del intercambio general. Tampoco la sintaxis se dispara a ordenamientos enrarecidos; refleja, más bien, la

perteneciente a todos, pues todos nos sabemos capaces de decir "cuando vuelvo los ojos a la pluma", "nadie fue testigo de la proeza", "tender el toldo al sol" o "tenía razón el viejo Epicuro". Allí nos encontramos cómodos. Ahora bien, no hay poesía sin trucos en la expresión, y Enrique adaptó algunos para la suya. Enumeremos los ya mencionados: estructurar el poema siguiendo el desarrollo de una anécdota; entrega ésta en una serie de imágenes encadenadas, pertenecientes a un mismo campo semántico; utiliza un lenguaje próximo al cotidiano. A esto agreguemos otros elementos. Uno, que el juego poético se da en la totalidad del poema; digamos, la voluntad de ejercer la voluntad en "Confidencias de un árbol", descritas en las etapas de adquisición de conciencia, traducibles entonces a la condición humana. Dos, el magnífico aprovechamiento de los lugares comunes. Un cambio sencillo les da una dimensión de mayor profundidad, con lo cual lo conocido permite el paso a lo nuevo sin el tropiezo de expresiones oscuras. He aquí ejemplos de esto: "a darle el santo y seña de mi lecho", "era el talón de Aquiles de los cielos", "que Él es el principio de nunca acabar" y muchísimos otros. Tenemos el empleo de ciertas paradojas, como Hércules "midiendo sus fuerzas/ con el dios inconmensurable del Olimpo". Y siempre el buen humor, la broma, la ironía, el sarcasmo enmascarando la angustia, la desesperación, el desasosiego, la ternura.

Nos encontramos ante una poesía cuya forma expresa la posición ideológica de quien escribe. Esto ocurre en toda obra, pero hay aquí una voluntad clara de así hacerlo. Sabemos que no todos gustan de lo escrito por Enrique, unos por razones estéticas y, otros, porque el autor no les place. Estos últimos perdieron la guerra nada más al iniciarla en ese terreno, pues al futuro le tiene sin cuidado las opiniones en torno de un poeta, y sólo presta oído a las ofrecidas respecto a su obra. Creemos que Enrique ha labrado un estilo muy personal de hacer poemas, en el cual una materia prima gris e insabora adquiere el brillo y el gusto de lo trascendente. Allí está la clave: somos una cotidianidad angustiada y pequeña que, en la expresión de esa pequeñez y esa angustia alcanza la distinción de ser lo único en verdad importante. Catástrofes van y catástrofes vienen pero, en palabras de Enrique, "nuestro hombre/ logró salvar del diluvio la dialéctica".

Federico Patán

**POR LOS SIGLOS
DE LOS SIGLOS
1981**

ODA A LA GOMA DE BORRAR

Gran cosa es tener la capacidad de retractarse.
Poseer el combustible necesario para dar marcha atrás.
Lucir la valentía de desdecirse,
humillar la petulancia
de pretender hablar desde el púlpito de la tinta,
con un ademán autocrítico
que transforma los dogmas
los yerros
la retórica
en un rebaño de virutas perfumadas.
Para desandar el camino
y darle nuevamente la palabra a la página en blanco,
se requiere de un delicado instrumento
que es, como la rueda
los grandes aeroplanos
y la caricia de la mujer amada
cuando la soledad nos cala hasta los huesos
invento inapreciable.
¡Oh fe de erratas de mi lápiz!
Cernidor entre el trino y el resuello,
la palabra veraz y la que hilvana
las letras enmieladas del engaño.
¡Oh gran antologista de vivencias!
Yo te debo la astucia
de anularle adjetivos
a las emociones sustantivas.
Te soy deudor de mi capacidad
de comenzar y comenzar
nuevamente desde cero.
Cuando vuelvo los ojos a la pluma
al lápiz
a la máquina
y después hacia ti
me quedo meditativo
y pienso
que el poeta
el verdadero

el grande
el profundo poeta
debe saber oír más las palabras de su goma
que las del artefacto con que escribe
porque los dioses están más cerca del silencio que del barullo.

CONFIDENCIAS DE UN ÁRBOL

Cansado de que el viento me sacudiera con iracundia
de que se enseñoreara sobre mí
 decidí una madrugada
soltar deliberadamente una de mis hojas.
 Llevé todas mis energías
 mi coraje
 mi savia
 hacia el ramaje.
Y me deshice de una hoja verde y puntiaguda.
En realidad acabé por sacudírmela
 después de un gran esfuerzo.

Nadie fue testigo de la proeza.
El viento atravesaba entre mis ramas en ese mismo instante
y como desprendió varias de mis hojas
nadie podría haber imaginado
 en el caso de haberlo visto
que una de ellas
 entre las doce que perdí ese día
encarnaba
muy verde aún
la forma primera de mi libre arbitrio.

Decidí descansar, reponer mi fuerza
 tener frías, muy frías las sienes
meditar mi hazaña:
 me sentí frente a los otros árboles
como el ángel que aletea orgullosamente
su diferencia con los hombres.

Pero al paso del tiempo
sentí la necesidad de obsequiarle a la botánica
con una nueva toma de decisión
otra avería.
Fue ya en la primavera.
Mis ramas se doblegaban de tan llenas de flores.
Mas advertí que entre una flor y otra en una de mis ramas

había una distancia grande
un sitio desaprovechado.

Y me puse a pujar y pujar
hasta que de repente me brotó
una pequeña flor
más pura
blanca
y tierna
que las otras.

Mi felicidad fue mayúscula
y se llenó de gozo el corazón
si se puede hablar de corazón
en un ser que nunca se ha excitado
ni con las caricias eróticas del viento.

No soy
me dije
un árbol al que le *acaecen* flores
sino que *decide* flores.
Los pasos siguientes fueron más sencillos.
Que se me ocurría crecer por ejemplo.
Me concentraba.
Pensaba en las nubes
y conquistaba uno o dos centímetros.

En la noche cuando no había ningún curioso
creaba frutos
los destruía
me los pasaba de una rama a otra.
Y hasta descubrí la manera
de hincarles el diente.

Llegó el momento
en que todo o casi todo
era producto de mi libertad
de mi opción
o de mi juego.
Soy un árbol que ha creado su tronco
su ramaje
su clorofila

sus nidos
sus aves
sus gorjeos
y su sombra.

Pero nadie lo advierte porque
si decido crecer

se piensa
que la germinación me obliga a ello.

Si opto por florecer

por repujar mis ramas de pequeñísimos milagros
que la botánica es la responsable.

Aún más.

Creo que cuando tome mi principal decisión
no dejará de haber un leñador a mi vera

que hacha en mano
haga pensar a todos

que fui vulgarmente derribado

y no que

hambriento de rumbos

concentré mis fuerzas

apreté los músculos

y di

mi primer paso.

EN EL MERCADO

Entre el puesto de dulces
y el de verduras
se coloca el vendedor
de palabras.

Después de ordenar la mesa de sus productos
tender el toldo contra el sol
y acercarse la silla
se pone a pregonar:

¡Pase a comprar su palabra preferida!
¡Palabras narcotizantes para combatir
el dolor de muelas!
¡Palabras para la nostalgia crónica!
¡Palabras para escudarse de la agresión
de otras palabras!

Si un cliente se interesa por la mercancía
el vendedor aprehende con unas pinzas
la palabra seleccionada
la desempolva
la envuelve
y la entrega al comprador
acompañada de unas instrucciones
para su uso.

Hay vocablos en efecto
que deben ser dichos poco a poco
como deletreando la fuga
de la emoción saboreada.
Otros deben salir de golpe a la intemperie
con su breve bufanda de saliva al cuello.

Cuando termina el día
el mercader levanta su negocio.
Se echa su morral de vocablos a la espalda
y parte en busca de otros pueblos.
Por las noticias que nos han llegado
se puede asegurar

que este vendedor
en unos pocos meses ha ido destruyendo
punto por punto
población tras población
grandes comarcas de silencio.

DISCURSO DE JOSÉ REVUELTAS A LOS PERROS EN EL PARQUE HUNDIDO

Compañeros canes:

Aprovecho esta concentración
para tomar por asalto la palabra
y decirles mi desdén, mi resistencia, mi furia
por la vida de perros
a que se les ha sometido
y que ustedes aceptan
sumisamente
con una larga, peluda y roñosa
cobardía entre las patas
(animación en el parque).

Camaradas perros callejeros:

¿Van a continuar luchando unos con otros?
¿Van a rodear el hueso
el pobre hueso conquistado,
con la cerca de púas
del gruñido?
¿Y lanzarse a dentelladas
contra el que también vive las manos
del hambre
cerrándose en su cuello?

Ah mis pinches

mis bonitos perros:
¿qué pasó con la táctica?
¿dónde sus olfateos de dialéctica?
Cada uno de ustedes ha acabado por ser el ámbito
en que sólo las pulgas están organizadas
autogestivamente.

Algunos
(ya los conozco)
pretenden luchar

para que el número de Sociedades Protectoras de Animales
aumente al mismo ritmo
del crecimiento demográfico
de los perros.

Canallas.

Otros

por el mejor trabajo
de los veterinarios.

Sinvergüenzas.

Unos más

porque las vacunas antirrábicas
se repartan a pasto.

Farsantes

(murmillos de aprobación).

Camaradas perros:

Ustedes lo saben mejor que yo.

Lo espío ya en sus ojos:

hay que hacer a un lado la perrera egoísta
o el árbol por la individuación humedecido.

Desenterrar el hueso colectivo del atreverse.

Darle existencia histórica a las fauces
y soltar las tarascadas

en el número preciso requerido
para el triunfo.

Yo lo he soñado así.

En mi puño mi fuero interno mis lágrimas clandestinas
yo he pensado que llegará un día

camaradas

en que por fin no sea

el perro hombre del perro

(ladridos entusiastas).

Mas quiero algo decirles.

En esta lucha.

En este joderse.

En esta pasión

no vaya a ser que otros les coman el mandado.

No vaya a ser que los perros guardianes.

No vaya a ser que los perros de presa
o los perros policía.

No vaya a ser que los canes cultivados
los que cuelgan su rosal de ladridos
en medio de los jardines.

No vaya a ser que los advenedizos
los que sólo hasta ahora merodean
a sus propias mandíbulas y dientes.

No vaya a ser.

No vaya a ser que aquéllos
cuando ustedes destruyan este mundo
se erijan en los nuevos mandarines
chorreantes de colmillos
y que ustedes se queden
sufriendo nuevamente
su existencia de perros
(*aullidos exaltados*).

José guardó silencio.

Bajó del montículo que le servía de estrado.
Y una insinuante perra que atravesó la calle
le dio en la madre al mitin
a la pálida flor de la justicia
a la solemnidad del crepúsculo
y a la conciencia de clase
que fugaz
se había encendido
en esta efímera concentración
de perros callejeros.

INVITACIÓN

Con la caña en las manos, la carnada
de la paciencia puesta entre las sienes,
pesco dentro de mí, pesco en el lago
de mi vida interior, mi ser de niño.
Lo saco lentamente. Lo contemplo
roto, enlamado, viejo.
Le doy respiración artificial.
Lucho por conquistarlo,
le pregunto a las fosas nasales de su pulso.
Se anima poco a poco. Poco a poco.
Lo acorralo en sus sílabas primeras.
Entiendo su dolor. Oigo su grito.
Hojeo lentamente sus sonrisas.
Me aprendo de memoria la secuencia
de sus respiraciones

Hoy hay fiesta en mi pecho.
Se invita a los adultos
que gustan del deporte de la pesca.

GULLIVER EN EL PAÍS DE LAS METÁFORAS

Gulliver abandonó su barco.
A nado se llegó a la costa.
Y después de un buen tiempo,
dejó el mar a sus espaldas.
Se puso a descansar.
Y lentamente cayó en cuenta de su entorno:
el País de las Metáforas.
Era de noche.
Y logró avistar
el cielo ambiente que unificaba
el discurso de luz de cada estrella.
Telescopió sus ojos y advirtió
que entre tantas galaxias
poco a poco se iba quedando en miedo
de lo ignorado.
se sintió a mitad de la naturaleza
donde era esa aguja
que, hallándose extraviada, también pierde la cabeza
al darse cuenta
del pajar infinito circundante.
Y cayó en el más profundo sueño.
Mas, con el amanecer,
cuando el canto del gallo le dio palmadas,
abrió los párpados
y lo primero que descubrió
fue un pelotón de rosas,
con su perfume al hombro,
conquistando el jardín; pero invadiéndolo
armado de inocencia hasta los dientes.

Gulliver caminó.
Y divisó a lo lejos el bestiario
del País de las Metáforas.
Advirtió que, ante el calor del peligro,
las ardillas se evaporan hacia los más altos sitios,
a la altura en que florece
en el árbol la confianza.

Miró también que el cangrejo,
con el hilo de su prisa,
ensarta los agujeros de la arena,
no perdió de vista al rinoceronte
que cuelga de la percha neurótica del cuerno
todo su repertorio de corajes
y percibió a lo lejos que en el monte
hay ardillas, serpientes, comadreja,
lombrices y un etcétera de hormigas.
Fue, pues, el testigo de toda una jauría de metáforas.
Las vio. Las paladeó con los ojos.
Y es que hay hombres que se encogen hasta ser
solamente una mirada.
Son los mismos que,
al acabar un ocaso que luciera el mejor de los elencos,
corren a que se les haga un tatuaje del crepúsculo
en el pecho.

Llegó entonces la tarde,
la luz que cabecea.
Y entonces a Gulliver se le vuelven vivencias
las metáforas.
Ya no las ve. Las vive. Las revive:
cuando el hombre cae en cuenta
de lo pesado que a veces resulta el aire;
y siente que sus músculos
son almacenes de anemia;
cuando advierte que las matemáticas que sabe
sólo le sirven para conocer
que tiene las horas contadas;
cuando se ve asediado
por las mandíbulas del cáncer
o por el antropófago lecho mortuario;
cuando se sabe huérfano,
temeroso,
solitario,
como el niño que se vive
el hijo pródigo del vientre materno,
entonces
se pone de pie,

da un salto,
conquista el más allá,
pierde sus límites,
se llama superhombre
y se tutea
con todos los milagros.
Gulliver ve las metáforas.
Las vive.
Las edifica.
Se le salen hasta por los codos.
Inventa un geranio.
Decreta vida eterna para el lirio.
Hace su colección de mariposas
a partir del ademán
con que una mujer lo llama

Siente que las metáforas lo acosan,
lo esclavizan.
Se sufre mordisqueado por los tropos.
Ahogado por las metonimias.
La perífrasis halla que su cuello
yergue lo vulnerable.
Huye de infinidad de sinécdoques venenosas
y apócope que dan su tarascada
a los vocablos.

Vive todo su cuerpo invadido de metáforas.
Metáforas reptiles. Metáforas tarántulas. Metáforas erizos.
No hay un por de su epidermis que no esté cubierto
por esas sanguijuelas de Dios.
Se las arranca una por una,
dolorosamente.
Las pisa,
las machaca.
Cuando vuelan en torno de su rostro,
las espanta
con furiosos manotazos.
Y penosa, pero con pie firme,
se aproxima a la costa,
a la arena

(que no es el hormiguero de gránulos calientes
que amedrenta los pies,
sino tan sólo arena),
al mar que es un océano,
al buque que es un buque,
y dejando a sus espaldas la perpetua
perturbación de las metáforas,
pone a salvo su cuerpo que es un cuerpo,
sus manos que son manos,
sus ojos que son ojos
y su yo que es el de siempre:
el yo de alguien llamado
Gulliver de los pies a la cabeza.

LA LARGA MARCHA

1982

ANTESALA

Tras el asedio y el asalto al cielo
fue la sentencia y la deidad vencida
por una ráfaga sin fin de tiempo.
Perfecto crimen, que instaló al deicidio
como una más entre las bellas artes.
Es necesario interrogarse ahora
sabuesamente por el asesino,
y darse cuenta que se hallaba oculto
en un resquicio de su propia astucia.
No fue la tierra. Ni tampoco el viento.
No la capiña, ni la luz, ni el agua.
No fue ninguna de las leyes físicas.
Ningún gruñido resultó culpable.
Por obra y gracia de los hombres;
pero de los rebeldes, de los siempre audaces,
de los dispuestos a retar a duelo
al infinito mismo, Dios fue roto,
destruido sin piedad, diezmado
hasta volverlo nada, casi nada;
polvo divino disipado luego.
La humanidad se despobló la frente
de la confianza, de la sed, del sueño
de que hay detrás de nuestras manos, otras,
blancas y finas, que comandan siempre
nuestra conducta, nuestro obrar constante.
Pueblo sin Dios, de libertad preñado:
cada sujeto ya no carga en hombros
de su creencia (su objetivo templo),
el campanario de estruendosos dogmas.
Hoy las palabras, al orar, persiguen
no a la invisible beatitud teológica,
no al crucifijo en que se vio clavado
el infortunio colectivo un día,
sino a las manos, al cerebro en llamas,
al corazón que está pasando lista
a sus virtuales decisiones. Pueblo
sin Dios que busca derrotar sus monstruos,

abrirse paso entre el caudal de furias
que lo amenazan, amedrentan, hieren.

Abrirse paso destruyendo todas
las telarañas que cobija el cráneo
o las serpientes que a los pies colocan
la zancadilla del veneno.

Larga
marcha será la que su pie transite
para llegar a la promesa tierra:
el porvenir confiscará los pasos
de la incansable procesión, y un día
renunciaremos al dolor de bestias
para empezar a padecer como hombres.

EL POETA

En la sala de mi casa dormitan varios muebles.
También hay muchos besos y palabras untados en los muros.
Hay una vieja lámpara, que carraspea resplandores,
y se pone a hablar del día a las altas horas del poema.
En mi sala, los retratos familiares
ponen aquí y allá sobre el bargueño,
las repisas y los taburetes,
toda una galería de cromosomas
ensartados por un aire de familia.
Y lo diré también: mi sala está amueblada
por mi propio desorden.
Tiene sillas libreros: sillas en donde Góngora
duerme sobre sor Juana a pierna suelta.
Y en que Marx alza en hombros a Bakunin.
Una mesa en que mi angustia
busca, con su pesada sien, en la madera
un urgente regazo.
Un piano compasivo que me toma
de los dedos, que toca
alguna breve y extraña melodía
sobre mis uñas, y me lleva
a las noches en los jardines de mí mismo.
En mi sala hay tantas cosas.
Pero lo decisivo es el teléfono.
Oh nido de palomas mensajeras.
Almacén de los espacios.
Aeroplano doméstico.
Pista de aterrizaje del aliento.
Juguete de los niños que sienten cosquilleos
de saltar a ser Dios.

Arriesgo, con el teléfono,
mis primeros pasos de ubicuidad.
Mi sala está habitada, de pronto, por un timbre.
Como si se encendiera una bombilla
dentro de cada sueño,
vuelve toda mi sala a sus cabales.

El cuarto, electrizado,
se convierte en imán imperativo
de mi presencia rápida.
¿Qué se oye? Es la sirena
de un pequeño vapor que está arribando
al puerto de mi mar de incertidumbres,
o acaso una ambulancia, un carro enfermo,
cáncer en estampida,
que aúlla adolorido
por las calles de Dios o por las calles,
seamos más exactos, de la nada...
El monstruo, en fin, de la sorpresa
que quién sabe por qué pudo enterarse
del número que tiene,
caja fuerte del alma, mi teléfono.
La campanilla de larga distancia es intermitente,
distinta, inconfundible,
como un grillo irritado, tartamudo.
Salva montañas, ríos, continentes.
Recorre el mapamundi en menos del cantar
de un parpadeo.
Hace jíbaros de agua,
al convertir en charcos los océanos,
el mural espumoso en miniatura
donde sólo un gusano de burbujas
aletea.

En veces, en mi teléfono,
suena un timbre de infinita distancia.
No trae la llamada de una alcoba citadina.
Ni tampoco de alguna provinciana
con el acento de su propia lejanía.
No me arroja tampoco
una parte de Europa hacia mi sala.
Viene del infinito.
Y se anuncia con un timbre singular,
como si se le diera
luz verde a alguna ráfaga inaudita
de sonidos armónicos.
Cuando suena el timbre de infinita distancia,

levanto el audífono
y alguien o algo me dicta estos poemas.
Oh musa telefónica.
Yo traigo mi papel y ruego que no cuelguen.

Y así por intermedio del teléfono,
de su timbre de infinita distancia,
de este juguete, en fin, de ubicuidad,
deleiteo un poema, ya se sabe,
que es de nunca acabar, de nunca serlo.
Pero a veces me ocurre
que salto hacia el teléfono
con hambre de metáforas y una extraña
sensación de vacío de infinito en el estómago
y tan sólo puedo comunicarme con mí mismo
porque ni suena el timbre de otro mundo
ni quiere el infinito darme línea.

EL CAMINO Y SU VIANDANTE

Mi camino es un espacio por donde va mi tiempo.
Por donde, con el tiempo, mi reloj,
el asilo de ancianos de todos mis instantes,
se va despellejando.
Es un espacio por el cual, a la vuelta de la esquina,
del llanto y los temores,
se quedó mi niñez,
envuelta en los pañales de neblinas perdidas
y armando en sus entrañas el juguete
de su pasar el rato.
Por el cual, en no sé qué recodo, dio de bruces
mi ingenuidad
al tropezar con dos senos
que alguien arteramente
dejó en la adolescencia de mi ruta.
Y por el cual, cuando el sol canicular
se halló a todo volumen,
sentí que poco a poco
mi juventud estaba derritiéndose.

Mi camino es un espacio por el que va mi muerte.
Mi muerte por retazos, grado a grado,
mi asimilar a sorbos la ponzoña
de un segundo tras otro.
Mi agilidad, el verdadero
pasadizo secreto entre dos puntos,
se me quedó en el salto, la carrera,
o en el jugar, mujer, a las vencidas
con todos tus encantos.
A mi espalda he perdido
más de una pobre piedra levantada
a la sensibilidad por mis caricias,
vestigio de la etapa
cuando me aproximaba sigiloso
a todo oído femenino
a darle el santo y seña de mi lecho.
A mi espalda he dejado,

por sus dudas sin fin agusanada,
la confianza en mí mismo
y el narcisista músculo que blande:
la presunción de que, con ponerme de puntas,
podría arrebatarse trozos de firmamento,
o el sueño de que, después de lograr la empresa
terriblemente difícil de cerrar la mano
(hasta formar la abreviatura del coraje)
surgieran evidentes cuarteaduras
en los muros del sistema,
y en esa telaraña de piedra terminase
finalmente apresada
la mosca de alas rotas
del derrumbe.

A mi espalda abandono
la convicción ingenua de que hay pueblos
que se hallan ya en la sala
de espera del milagro,
como si se encontrasen aguardando
el reparto postrero de la aurora
a un pedazo per cápita.
He dejado a la espalda esos delirios
mas no la decisión de ir adelante,
porque siempre en los días
de dolor e iracundia, siento que se me forma
un puño en la garganta.

Mi camino es un tiempo por el que va mi espacio.
Un cauce por el que voy cargando, hombros arriba,
mi circunstancia.

Mis padres y mis hijos. Las mujeres
que acunaron las llagas
que oculto en varios rumbos de mi cuerpo.

La música tocada por el arco
de la imaginación
sobre la carne viva.

Un fardo, finalmente, colmado de sonrisas escépticas,
que dudan de la fuente de que brotan,
de ideas que en los dedos me he mordido,
de feroces bestezuelas entusiastas

que hacen efervescente mi delirio,
y de etcéteras ácidos
que me cargan los nervios.
Envoltorio de kilos, en veces tan pesado
(como un Atlas jodido que cargara
toda la metafísica en sus hombros)
que arrojó aquí y allá su contenido.
La vista poco a poco voy perdiendo,
lo digo al encontrarme
a unos lentes no más
de maldecir el cántico del gallo.
Antier perdí, por ejemplo, centenares de leguas.
Ayer me desfalcaron de porciones
enormes de crepúsculo.
Hoy me siento en las vísperas
de encontrarme las cuencas oculares
como dos redondeles de gusanos.
Mi vista se me ha ido
por la bolsa agujereada de los días.
Este lector de siempre
—que nacía en el prólogo de un libro
para yacer, al fin,
ente los cuatro cirios que rodean a todo colofón—
advierde que sus ojos se encuentran invadidos
por polillas caníbales que viven
de mi vista, como antes, en el libro,
vivían de las letras
hasta rumiar poemas en su entraña
y eructar metonimias sorprendentes.

Mi camino es un tiempo por donde va mi vida.
Un discurrir del polvo que acelera en el viento
su carruaje plateado.
Y en medio de ese cambio va mi cambio,
como un tiempo pequeño que se acoge
al regazo de un tiempo
maternal, de más años y experiencia,
y que ha cumplido, en fin, más calendarios.
Mi memoria,
este arrojar puñados y puñados de cerebro

hacia la espalda,
se me va evanesciendo lentamente.
También me estoy quedando en soledad de espectros.
Ni siquiera me acuerdo del nombre y apellido
de alguien que me confió todas las reglas
para armar y desarmar un ángel.
Ni siquiera me acuerdo
de una mujer que me arrojó a las manos sus entrañas.
Carajo, ni me acuerdo
del día en que un poema,
oloroso a manzana,
colocó entre mis dientes
el amargo deseo
de que mi paladar fuera la eterna
vivienda de lo dulce.
Mi memoria la pierdo no sé por cuáles rumbos
e ignoro en cuáles manos.
Quizá la dejo un tanto diluirse en el aire,
a la altura en que el viento
pasa la dictadura de su escoba.
Tal vez, si en ello pongo mis sentidos,
lograre no perderla, no perderla del todo.
Por eso muerdo a veces un recuerdo.
Y por eso me miran mis amigos
tan distraído siempre
porque allá, tras la frente, y en la ruta
que es este tiempo por el que va mi vida,
estoy pasando lista a mis fantasmas.

MONÓLOGO DE LA PIEDRA

Si yo diera un paso,
me escaparía de esta mazmorra de ser en la que existo.
Iría de un lado a otro
usando el manubrio espiritual
de mi libre albedrío.
Volvería mi rostro para ver orgullosa
la nube que se gesta
cuando decide caminar un guijarro.
Podría ser la primera piedra de algún sueño
cargar sobre mis hombros un palacio.
O impulsada por un *hondero fantástico*
derribar uno a uno de los astros.
Podría colaborar con mis hermanas
a apedrear al viento
que allá por esas calles huye aullando.
Podría estar a la mano de cualquier David
y seguir por los aires
el trayecto puntual de una proeza.
Podría encontrar en una catapulta
mi conversión en ave de rapiña Podría...
Pero siempre me quedo
a un paso solamente de ese paso
temerosa de formar en mi interior
en mi blanco cristal materia gris
un poro entre los otros de conciencia
un corpúsculo que toma decisiones
un átomo pletórico de angustia.
Por eso se me mira quietecita,
como una liebre amnésica.

A ORFEO SE LE ACABÓ UN DÍA EL TIEMPO

A orfeo se le acabó un día el tiempo.

Cuando quiso tomarse el pulso
comprobó que la nada carece de latidos.

Hizo una larga caminata
a través de sus párpados cerrados
hasta dar con los Hades.

Llegó a los Campos Elíseos
y buscó a Eurídice por los cuatro puntos cardinales
de la eternidad.

A todo mundo preguntaba:
¿Han visto a mi amada?
¿Hay un lugar de este espacio
donde la soledad no ejerza su monarquía?

Todos se alzaban de hombros.
Pero Hermes, que venía departiendo con Eros,
le espetó: pero ¿ignoras que Eurídice
fue resucitada?

Y otra vez la misma historia.
Cuando Orfeo vivía, Eurídice se hallaba
arropada en la mortaja.
Cuando Orfeo murió, Eurídice fue
reintegrada a la vida.

Un suplicio más.
Producto de la falta de puente
entre el mundo de los vivos
y el mundo de los muertos.

Y Orfeo, mirando la frontera,
gemía: ¿cómo salvar al grosor
de lo imposible?

LA RECTA DE SU PASIÓN ERRANTE

Para hacer su odisea cotidiana
el tercer Ulises
monta en cólera
y va del conformismo al asco.
Su medio de locomoción
luce roja carrocería.
Gasta por combustible treinta litros de sueño.
La astucia es su palanca de velocidades,
el volante su táctica,
su pasión el acelerador,
el freno su cautela
y la reversa su arrepentimiento,
su modo de desdecirse espacio.

Cuando Ulises quiere viajar,
seguir la ruta que se extiende
desde la repugnancia hasta la lucha,
del vómito sin fin, al puño en llamas,
se detiene en una de las Estaciones
de combustibles anímicos
que están en general a la salida
de un proyecto
para cargar su máquina,
limpiar los vidrios de su perspicacia
y revisar el aire de su decisión.
Mete su astucia en primera
y pone su voluntad a arder por dentro.
Da rienda suelta a su pasión
y corre a no sé cuántas ansias por hora.
Pisa a veces, sin embargo, la precaución
pues no quiere llevar en sus valijas
el menor accidente.
Y se arrepiente un poco,
digamos unos metros,
antes de tomar nuevamente la recta
de su pasión errante.
Sigue el itinerario establecido:

lubrica su motor con el aceite
de la meta.
Conduce su estrategia con las manos.
En fin, su decisión va sin tropiezos,
rojamente,
por la más moderna de las pistas...

Lo malo es que el camino es infinito
y él tiene los kilómetros contados.

EL PUGILATO

Se cuenta que por la fama que obtuvo
Heracles en el desempeño de sus doce trabajos
ya no tenía en los Juegos Olímpicos ningún competidor
ningún gigante que se atreviera a decir
estos puños son míos.

Y entonces Zeus su padre
bajó a pelear con el héroe tebano.

Lucharon largamente.

Fue una lucha cuerpo a cuerpo
del todo con su parte.

Y el combate permanecía indeciso
ante la expectación de todos
puesto que Hércules estaba midiendo sus fuerzas
con el dios inconmensurable del Olimpo.

Se cuenta que Zeus entonces condescendiente
reveló su nombre
ante el estupor y el júbilo del pueblo.

En verdad el único trabajo
que no pudo hacer nunca Hércules
fue deletrear el infinito.

EN UN HOTEL

En un hotel de mala muerte
puede ocurrir un milagro.
Puede un poeta un gran poeta
tomar a Beatriz del talle
pagar una módica suma por un cuarto
subir los escalones respirar muy hondo
y entrar al cielo.

En un hotel de mala muerte
pueden Dante y Beatriz
destruir a dentelladas el amor platónico
pueden llenarse de insectos azulísimos los ojos
salir a cazar tacto salvaje
y sentir la noche oscura del cuerpo
incendiada de cocuyos.
Pueden hacer a un lado la historia los tercetos el cristianismo
pueden verse provocativamente
correr a toda velocidad hacia sus manos
lanzarse al precipicio de la cama.

En la silla la ropa descarnada de los dos
se confunde.
Las mangas de la camisa
rozan lujuriosas el corpiño y las medias.
La camiseta enredada en las bragas
alcanza una alta cifra de excitación
y en los pantalones que cabalgan en las faldas
es posible escuchar
los jadeos de la tela.
Beatriz siente de pronto en la epidermis
en el cuello en las piernas en la corteza cerebral
que a la vuelta de la sábana
tropieza con Ulises.
Que el beso incandescente
que le inflama los bordes del asombro
la convierten en Helena o Deyanira.
Que la eyaculación galáctica proviene de Hércules.

Que ella es Dulcinea
o que él es Quetzalcóatl
o que ambos o que ninguno
o que todos
están en esta cama
viviendo y encarnando los amores
terrenales
de Dante y de Beatriz
que en un hotel de mala muerte
pudieron
Tras de pagar una módica suma por un cuarto
subir los escalones
respirar muy hondo
y entrar al cielo.

ÁNGEL SIN FE DE ERRATAS

Era un ángel tan bello
tan inconmensurablemente inteligente
que sólo padecía el defecto de no ser Dios.
Rociaba sus axilas con el perfume de lo sublime
y se guardó de eructar en público
durante siglos.
Realizaba discretos milagros
 no demasiado espectaculares
milagros caseros
 milagros hechos sobre la rodilla.
Erguido en la columna vertebral de su soberbia
un día dio de pies a boca con la palabra *Basta*.
La metió entre sus labios
 y se puso a rumiar
 allá entre muros
la goma de mascar de su destino
Creyó que la misericordia
 era el talón de Aquiles de los cielos.
Y a la hora de tocarle el hombro a la pólvora
 para despertarla
a la hora de torcerle el brazo a lo imposible
a la hora en que esperaba inútilmente
que lo perfecto diera un paso en falso
 sobrevino la derrota
 las manos convirtiéronse en muñones
y tomó la palabra el precipicio.
Era un ángel rebelde tan hermoso
tan comprometido con el humo los añicos
 o el tiempo apresado como un insecto más
 por la araña en su tela.
Era pues impoluto
 ángel sin fe de erratas.
Mas la clepsidra dijo un mar entero.
 El calendario fue flor deshojada
por manos cada vez más temblorosas.

¿Y el ácrata del cosmos, el altivo

que hizo temblar a lo perfecto un día?
Lucifer, combativo en otro tiempo,
terminó apoltronado entre sus alas.
Diciendo, como en Goethe:
*De tiempo en tiempo pláceme
entrevistar al viejo,
y me cuido muy bien de enemistarlo.
Es una linda cosa,
que todo un gran señor
platique humanamente
con el mismo demonio.*

El ángel en el pozo
cambió su rebeldía por el orden
el puño por los trámites
la pasión destructora por el uso
de ese tiempo verbal imperativo
que acaba siendo cetro
y el caos a dos manos levantado
por un feudo mezquino
donde él es un tirano que disfruta
los cantos gregorianos
del rechinar de dientes.

EPÍLOGO

Una tribu que ha olvidado la manera
de ponerse de rodillas.

Una tribu sin sagradas escrituras
ni más hostia que la oblea
terrenal de la saliva.

Una tribu que ha dejado
de ostentar sobre su pecho el crucifijo
de su dogma.

Una tribu que extravía en los cajones
de lo antiguo
las blasfemias y plegarias que ahora encarnan
el color amarillento del desuso.

Una tribu que ha olvidado la manera
de asestar golpes de pecho a cada culpa
y encarnar en uno mismo la campana
que repica y que convoca
al oficio matutino del honesto
comportarse cotidiano.

Una tribu sin deidades ni fetiches,
sin brindarle santidad a los temores,
sin sentir dentro del cráneo que un fragmento
del cerebro, la región de las creencias,
coloniza a los restantes.

Una tribu de pulmones y de sienes,
de pronombres que han trocado soledades
por ventanas.
Muchedumbre que al vivir cualquier peligro
ya no suelta las pupilas hacia el cielo,
ya no eleva dos preguntas parpadeantes,
ya no busca en sus rodillas emplomadas
la respuesta.

Una tribu que más bien se pone entonces
a buscar sus ademanes,
a quitar polvo a sus músculos,
desnudarse de los miedos,
transmitirle a las falanges y nudillos
de su audacia
las señales del arbitrio.

Una tribu que renuncia a persignarse,
a grabar sobre su frente
el sagrado jeroglífico custodio.
Una tribu en que las almas son castillos mas castillos
amueblados
sin espectros.

Una tribu que ha olvidado la manera
de clavarse de rodillas,
y que guarda entre las manos el ovillo
del coraje, las antorchas, los relojes
y las uñas de los pies enamoradas
de la meta, que conforman
su futuro.

Una tribu de individuos que caminan
hasta dar con la vivencia, el universo
y el instante en que, aleluya, las personas
ya no sufran como bestias
aunque lo hagan por los siglos de los siglos
como humanos.

QUE DEJE EL CASTILLO DE ESTAR EN EL AIRE*

* Incluido en *Para deletrear el infinito (1981-1985)*, 1985.

TRES FORMAS DISTINTAS DE ENCONTRARSE SOLO

Alpinismo teológico.

Hombres que asidos al mismo cordel,
las líneas de la existencia anudadas,
arriban a una fe que se codea con las nubes.

Alpinismo que corrige la caída del ángel rebelde.

Ascenso hacia la cúspide, a su aroma de palabras sublimes,
hacia el encuentro con distintos labios
que gritan a los cuatro vientos: Dios a la vista.

Alpinismo que asciende hasta llegar
a ese mal de montaña, a esa patología aérea
que, tras de introducirnos en el cuerpo
el tumor canceroso del miedo al precipicio
(el canto de sirena del infierno),
nos proclama que Él no sufre límites.

Que Él es el principio de nunca acabar.

Que la autoconciencia del Ser Supremo es deletrear en un instante
su propio infinito.

Que Él, que es la capital de las perfecciones, está solo,
pero en una soledad en que disfruta
un orgasmo perfecto cada vez que piensa en sí mismo,
un clímax sostenido en cúpula mayor,
en agudo de cielo,
que difiere de tajo

del orgasmo de moscas de los pobres mortales.

Que Él no creó al hombre para hacerse compañía,
para tener con quien dialogar,

para rellenarse algún sagrado hueco,

para romper a hablar y hacer que su rompecabezas de sonidos
sea la materia melodiosa

con la que aprende a oír la prole humana,

los hilachos de cieno embarazados

por algunos de los ademanes del Rey de Reyes.

Dios no es un ente que requiera del espejo

(con la sinceridad hecha de azogue) de otra persona
y su respuesta de miradas.

Él no estructura su yo mediante el parpadeo de los otros.

Ensimismado,
mirándose mirarse,
no es un ojo encerrado en el triángulo de su propia miopía.
Es la serpiente de la automirada
masticando las luces de su cola
El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no forman un trío de cuerdas
interpretando la música de los astros.
No son el embrión de un mitin.
No son el buró político que ordena las leyes naturales.
No es posible registrar el más mínimo crecimiento demográfico
del motor inmóvil,
del motor en que a un tiempo
acelerador y freno son pisados.
No son una trinidad de continentes
con el mar de sus diferencias lamiéndoles las playas.
Son una soledad.
Tres formas distintas de encontrarse solo
Pero una soledad.
Un imperio sin disidencia de relojes
(sin un solo tic tac conspirativo)
acotado por la alambrada de púas de lo inefable.
Soledad plena y autocomplaciente.
Algo como preguntarse:
¿a dónde hay que ir? Y ser el camino.
Preguntar la hora. Y ser el tiempo.
Preguntar por la pregunta.
Y ser la omnipotencia de la lengua,
la fe de erratas de las Sagradas Escrituras.
Soledad en que encarna un movimiento
que baila el *vals eternidad* con su reposo.
Soledad sin resquicios, tan compacta
que ni con un suspiro podría atravesarse.
Soledad sin un solo ventanal que dé hacia las criaturas,
hacia los ángeles ganados por el polvo
o las bestias con pestañas salpicadas de estrellas.
Música que construye sus propios instrumentos.
Púlpito de lo santo rugiendo hacia el vacío.
Masturbación que eyacula perfecciones.

SIN RECHINIDOS DE LETRAS

Dios es así: el divino rostro de la soledad.
Las siete palabras del monólogo.
El parloteo sin fin
desde el cósmico altar de su aislamiento.
Ni las cosas,
ni los animales,
ni los hombres
(esos juncos anémicos que, ante las aras,
claudican del cerebro
dada la pesantez de sus rodillas)
le mermaron un ápice, ni podían hacerlo, a una soledad
más redonda que la noción del círculo.
Soledad autosuficiente
en que Dios, al crear los seres inferiores,
al darle cuerda a los microbios,
al encomendarle tareas extrañísimas a todos los insectos,
no manifiesta la más mínima secreción corpórea:
un Dios a punto de despeñarse en el sollozo
o formando, durante los seis días consabidos,
dos lágrimas perfectas,
sería motivo para inmolar
centurias de buena teología,
o para irnos a derruir todos los templos,
con nuestra duda al hombro,
empezando por el atrio de las esperanzas
para culminar con las formas románicas o góticas
de nuestra ingenua fe, que necesita
su pedestal de piedra.
Soledad que es un campo roturado para flores de nunca acabar,
Herencia en que estalla lo sublime.
Mansión hecha de luz de tal manera
que oculta hasta en los sótanos bodegas de cardillos.
Ciudad llena de muros
pintarrajeados todos con las palabras
escritas entre líneas en las Sagradas
Escrituras.
Dios carece de cumpleaños: su soledad guarda con el tiempo

la relación distante de "he oído hablar de él",
"me dicen que hace de las suyas entre vosotros"
o "qué extraño ruido produce la imperfección".
Soledad sin teléfonos,
sin cartas,
sin rechinos de letras,
sin la más mínima lengua en la punta de una frase.
Con los labios sellados por los siglos de los siglos.
Soledad y silencio.
Soledad que no consiente en su piel una sola molécula corruptible.
Verbo sin conjugaciones.

MONÓLOGO DE DON JUAN

Don Juan no se ha entregado nunca.

Le gusta hojear mujeres.

Ventura García Calderón

Ay, aquellos labios que abandoné a la orilla del desgano.

Ay, las rodillas de seda de mi primer conquista.

Ay, mis uñas que tañieron tantos pezones

hasta sorprender un acorde

de leche bien temperada.

Cómo olvidar el día en que las yemas de mis dedos

lograron concertar una cita

con el eslabón más débil de las pudicias de doña Ana.

Ay, mi catálogo de piernas,

vientres, hombros,

guardarropas derrotados.

Mi lengua doctorada en las zonas más húmedas de la entrega.

Ay, mi recorrer las poblaciones,

colocar las riendas a mi libido

para dejar aquí, allá,

la ahuecada nostalgia por la palma

de mi mano.

Ay, la sabiduría con que mis insinuaciones

encontraban en la arrogancia del escrúpulo

las fisuras del abandono.

Ay, la orgía de mis falanges

en el arpa de las perversiones.

Recordarás, Zerlina, cuando (dándole la espalda a la fidelidad)

alcanzaste un orgasmo en cada poro.

Ay, mis conversaciones interminables con un seno,

el madrigal fosforescente que escribí en la página en blanco

[de una espalda,

los escarceos en un Monte de Venus

para hallar, si no el océano,

sí el charco indispensable en que naciera la diosa.

Ay, la piel que no daba la virtud a torcer

y que, finalmente,

convencida por sílabas zalameras,

hacía caer desde su ventana

una escala de tacto para el pretendiente.

Ciertos doctos personajes dicen que colecciono labios,
almaceno cinturas,
ensarto en un cordel millares de suspiros,
pesco en llanto revuelto,
doy con estados de ánimo que rompen a llorar lágrimas de saliva,
y sé encontrarle el punto débil
a prácticamente todas las almohadas,
porque no puedo amarrar mi caballo a un solo tronco,
ni excitación a un solo itinerario;
porque, no habiendo en verdad quien satisfaga
al narciso interior que llevo a cuestas,
la hilera de mujeres que persigo
son la reaparición intermitente
de un idéntico espejo,
de un agua detenida para aguardar la sed
del hombre que se arroja hacia el azogue
a la busca del eco de sí mismo.

Ciertos doctos personajes aducen
que yo no arribo sino a estaciones de paso,
a puntos y seguido,
a temuras postizas,
a inolvidables coitos intermedios (hechos, reloj en mano),
porque sufro un sexo equívoco,
porque busco pantalones en las faldas
y hormonas masculinas en los pechos,
porque en mi ir y volver
en la pesquisa de alguien que me ayude, aquí en la chimenea,
a arrojar los pedazos inflamables de la soledad,
voy huyendo de mí, de mi apetito,
de mis inconfesables inclinaciones
que sueñan con aplastar a los insectos,
carraspeantes de ponzoña.
de todos los prejuicios.

Los doctos personajes aclaran que cuando violo puertas,
escalo piso a piso indiferencias,
descubro en la virtud los pasadizos secretos
de la lujuria,
o estoy con doña Elvira o su sirvienta

(porque, frente a las ansias, qué le queda
a la vieja teoría de las clases sociales),
dicen que si intercambio vocales con la sensualidad
o alaridos en brama con la pasión,
es que soy un Edipo,
un niño de nunca acabar,
un hijo que parte en busca (a través de todas las mujeres)
de la madre pródiga.

No sé. Tal vez lo que arguyen los doctos personajes
responda a la verdad. No sé si los cerebros
pueden hojear (desde sus atalayas) la existencia,
o si a vuelo de pájaro (de pájaro entre nubes) sea posible
intuir las vivencias de un gusano.

Por eso continúo.

Ay, las palabras intravenosas con que supe asediar los
[corazones.

Ay, las manos azules que dejé sin tacto.

Ay, las hebras de felicidad que me obsequió el incesto.

Ay, mi capacidad de dejar sin vocablos al pudor y sus
[múltiples formas.

Ay, la resistencia aquella que combatí al sureste de la cama
hasta hacer que se viniera al suelo.

Al mover en mi libro de memorias
las páginas de piel que lo componen,
caigo en cuenta de que (a un latido
de que cierre los ojos y se halle para siempre
de luz desarrapado)

gime mi corazón, que ha de morderse
para siempre la lengua,
aullando hacia los cielos de su aullido.

Me encuentro solo.

Solo y los jirones de alma que aún me quedan.

Y ya sé que el camino más seguro

para quedarnos solos

consiste en sumar, restar, multiplicar y dividir las compañías.

A una respiración entre la vida y el deceso,

entre la sucesión de lechos seducidos

y el catre de la muerte, enfermo de cansancio

(en que hasta el pulso acaba contagiándose),

Don Juan se vive solo y muere solo.
Cuando mis ademanes, en la atmósfera,
hurguen buscando manos,
y de golpe destruyan, de un solo manotazo,
la nube de millares de manos incorpóreas,
apresaré tan sólo dedos de aire.
Habrá llegado entonces el último segundo.
Y se vendrá hacia mí la nada a saludarme.

LOS CÁNONES DE LA RIENDA

*Mas he de lograr el triunfo
después de blandir la astucia zigzagueante
[de mi látigo.
He de tener a pan y agua mis impulsos.
Haré que dentro de mí
la entraña se me arrodille.
E.G.R.*

Cuerpo mío, corcel nervioso,
indómito, encabritado y sudoroso.
Reacio a aceptar la enmienda
del camino, los cambios de velocidad, los cánones de la rienda.
Potro mío, cuando rasguñas
con tus patas el sendero
es que, sabiendo la dirección de tu yegua, las pezuñas quieren echar a
andar. Compañero,
mi alma restaña la voluntad para domarte,
para adornarte
el lomo siempre de las mismas jornadas
que a golpe tendido deben ser consumadas,
para que ingieras la pastura transparente del espacio
y vayas tumbo a tumbo,
rápido o despacio,
por el debido rumbo,
para darle docilidad aérea a tus tempestuosas energías
que no son sólo tuyas sino mías.
Potro, cuando vas por los prados,
con todos los sentidos desbocados,
respingas y protestas, y es el hallarte en celo
lo que —las patas delanteras escarbando el cielo—
amenaza a mi espíritu, que a tus crines se aferra,
a perder el equilibrio, resbalar por tu piel y precipitarse a
[tierra.

Jinete a la deriva
sobre su mar de carne, priva
en mi cerebro una inseguridad que da señales
de no hallarse en sus cabaes:
alma insegura
que se espía en el acto

de cabalgar su amenaza más pura
o su riesgo más exacto.
Con esta zozobra,
con este infarto de caminos, cobra
vida mi indecisión.
Olvidado por las espuelas, mi corazón
no podrá nunca trotar, correr, volar,
alcanzar
la anhelada floresta
en que cada tallo conjunta
la pregunta
y la respuesta.
Aprenderé, no obstante, a ser un buen jinete,
a que mis pensamientos, subrayados por el fuste,
por la diaria
cantinela de brújula autoritaria,
encarnen en tu paso vacilante
para hacerlo seguro, firme, amante
de la línea recta, del enamoramiento de dos puntos
que economiza espacio para dejarlos juntos.
Seré tan excelente caballero
que me dirán centauro, corcel que, prisionero,
para lograr la fuga se halla rumiando el salto
que habrá de conducirlo a lo más alto.
¿Podrá mi caballo deshacerse de todo
lo que carga? ¿Mi alma caerá en el lodo
víctima de sus pezuñas? La inseguridad enfermiza
que en el lomo del equino se eterniza
(al tornarme centauro, diestro
jinete, maestro
de la espuela y de la rienda, maravilla
de timonel en el flujo y reflujo de la altura,
sentido de orientación sobre su silla,
animal y conciencia de la misma locura)
me hacen devenir precaución, adquirir una cierta
seguridad,
cabalgar con abierta
tranquilidad.
Si son uno el caballo y el jinete, ha llegado el momento
en que el potro, dejando a sus espaldas la costumbre,

puede asaltar el firmamento
y tutearse con la lumbre.
Con alas recién nacidas, el corcel
puede hallarse a la mitad
de la nueva claridad
y tender al vergel
atmosférico sus pasos...
en el entendido de que el convenio de libertad
es cuestión de pegasos.

EL LIBRO DE LOS PRONOMBRES*

* Includido en *Para deletrear el infinito (1981-1985)*, 1985.

CRÓNICA DE UN DUELO

En mi alma,
la unidad y lucha de contrarios.
Su lado izquierdo está en contra
de las desviaciones ideológicas
de mi tacto.
El derecho, a favor
de acurrucar al yo en una maceta,
regarlo en las mañanas,
cuidarlo de la sombra, de la luz.
Una injuria, una palabra erizo,
se convirtió en la frontera entre ambos continentes.
Y sucedió lo lógico:
estoy en vísperas de un duelo
entre el este y el oeste de mi espíritu.
Los duelistas ya están espalda contra espalda.
Las nubes, amedrentadas por las pistolas, tiemblan
[ligeramente.

Y cada porción de mi alma
empieza a contar los pasos.
Los padrinos convinieron en que el duelo
no terminara a primera sangre
(o a primera hemorragia de vivencias)
sino a primera muerte.
Los pronósticos son fáciles.
Dos son en lo esencial:
que ambos duelistas no den en el blanco
(con lo que batirá sus alas de ceniza
el ave de nunca acabar)
o que ambos atinen
y descubran al mismo tiempo
la perpetua mortalidad
del que tiene sus eternidades contadas.
No es posible que uno venza al otro
porque no sólo soy un combinado
de cuerpo y alma,
sino un combinado, en el alma,
de izquierda y de derecha.

ESTE PUÑO SÍ SE VE

Quiero hacerme a la calle a protestar.
Aunque sea una marcha de una sola persona,
una conspiración minúscula,
la perfectamente ridícula guerrilla
de mi furor casero.
Avanzaré con el puño en alto,
coreando, solo, consignas incendiarias
contra el imperio, la explotación ambiente,
las turgentes banderas
donde se ha desteñado la esperanza
y el rojo se agazapa en el rosado.
Avanzaré, resuelto,
la pancarta adolorida de mi frente,
yendo desde mi audacia al mismo zócalo,
desdeñando la zarpa granadera
que me puede arrojar a promover
un platón energúmeno
de lágrimas forzadas.
Haré al final un mitin rapidísimo
donde hablará un relámpago.
Y me iré a recoger allá en mi alcoba,
allá en mi soledad,
allá en la madriguera, en fin, del yo,
para depositar sobre la almohada
la destrucción del mundo.

INSINUACIÓN DE OXÍGENO

Tengo para mí que este mundillo
que se finge escenario,
es el infierno.
O las cloacas, quizás, del purgatorio.
Tengo para mí que en este mundo
los heliotropos huelen
cínicamente a azufre.
Es el infierno, sí,
pues cómo no ha de serlo
si hasta me dueles tú, mujer, a veces.
Es el báratro, sí.
Basta hojear
la última estadística de quejidos
o el último diccionario
de blasfemias.
¿Qué pecado, Dios mío, cometí
cuando, antes de nacer,
se me acercó la vida
con su primera insinuación de oxígeno?
¿Qué sacrilegio pude haber armado cuando,
dulce materia,
hiciste en nueve meses este cuerpo
que a punto estuvo de morir de asfixia
con el verso inicial de la existencia
atravesado en mi garganta?

BALADA

En nuestra América, donde los muros
en para inscribir
rechinar de dientes,
gruñir de las rodillas en el polvo,
la injuria expansiva de nunca acabar,
Los *mueras* y *los vivos* que son gritos,
callados por la piedra, pero gritos.
Donde, a la vuelta de la calle
pos hallamos paredes
en que el asco pintó sus acuarelas
o el coraje, logrado al exprimir los puños,
proyectó sus murales.
En nuestra América,
donde a la mitad de un encalado
aúllan a la luna los estómagos vacíos,
cortan cartucho las ojeras
ose lleva al paredón por lo menos el nombre del tirano,
hallamos a veces un imprevisto: "Te amo, Teresa"
o "Guadalupe, nunca te olvidaré".
Y ante este espectáculo hay que interrogarse:
¿por qué algunos necesitan
exponer a los ojos de toda la ciudad
los tatuajes de su alma?
¿Por qué algunos,
en medio de los fogonazos de las pasiones civiles,
entonan, en primera persona de ternura, una balada,
un hilillo musical que nace en la boca del *yo*
para escudriñar en el *tú*
el bendito agujero de la oreja?
Y la respuesta no tarda en presentarse:
si hojeamos las paredes de la ciudad
vemos que no sólo hay muros violentos,
argamaza y pintura salpicadas de entrañas
o sílabas leprosas de impotencia,
sino paredes líricas
que quieren aletear con sus letreros.
No sólo hay odios, demandas de justicia,
barricadas,

sino citas, ensueños,
y hasta algunos suspiros
que intentan, con su granito de aire,
ayudarle por lo menos al viento
a limpiar el smog allá en las nubes.

EPITALAMIO

Pues bien yo necesito decirle que la quiero,
que el hablarle de usted es un suplicio,
que con tal tratamiento me condena
a ocupar el lugar de los amigos
distantes, los colegas sin confianza,
la camaradería indiferente.
Yo la voy a violar, si me permite.
Cuando se encuentre sola,
cuando la luz se vaya evanesciendo
convirtiéndose en luz afrodisíaca,
yo le desgarraré las vestiduras
hasta hallar en las piernas del *usted*
la humedad deliciosa de su *tú*.

LAS CARTAS EN LA MESA

¿Debe un poeta
revelar a veces ciertas pistas
para interpretar su canto, dispuestas
como aquel reguero de migajas
que, de seguirlo puntualmente, nos hace desembocar
en un ave?

¿No vulnera la "astucia literaria"
(ese puntuar con hábil pluma
la espontánea corriente de vivencias)
descubrir nuestro intento?

Se escurre entre mis dedos un quizás.
Pero qué me impide decir a mis lectores:
no se dejen llevar por las apariencias,
por lo que parecen balbucir,
loquitas,
las palabras.

Póngase a escudriñar la escritura,
a escarbar las frases
hasta hallar sus raíces
en las circunvoluciones
de una cierta neuralgia.

Hay que romper la envoltura
para identificar el sabor de la esencia.
Miren: si excavan en mis versos,
sin pararse en los estratos inmediatos,
sin quedarse al ras de las ilusiones,
sino yendo al fondo,
hallarán los huesos calcinados y carcomidos,
enlamados y polvorientos,
de un recóndito *tú*.

Con un cepillo límpíenlos,
quítenles el polvo,
sacúdanles la apariencia,
y después releen mis estrofas.

No se imaginan la satisfacción que se siente
el haber enseñado a los lectores a soltar
de sus ojos, como dos lagrimones,
su miopía.

COMPLICIDAD

Cuando tocaste mi pie con el tuyo
debajo de la mesa,
comprendí que todos los invitados,
comensales y parientes
habían sido de golpe
convertidos en *ustedes*,
en extranjeros que hablaban a gritos
uno de los dialectos del silencio.
Tú y yo empezamos a construir una isla desierta,
plagada de jardines,
con el paraíso a la vuelta de la esquina,
debajo de la mesa.
Ahí, la excitación se nos fue revelando
como una crisálida
embarazada de cielo.
Juntamos las rodillas
y un par de ángeles, allá en el otro mundo,
decidieron tutearse.
Mi mano fue a tu pierna,
ahí en que la blancura se hace fuerte,
y hubo en el horizonte una avalancha
de geranios.
Tú, yo, damos con la puerta secreta a la delicia
en el beso en la boca que se dieron
los zapatos.
Si se nos hablaba
asentíamos distraídos, con la cabeza
(con un sí descosido de su significado)
y con una de esas sonrisas
que enmascaran,
con su poquito de azúcar en la comisura de los labios,
la infinita lejanía de la mente.
Mi pie era el pie de Adán sobre el de Eva.
Un piropo del viento a un crisantemo.
El futuro de lino en su primera
insinuación de hilados.
La balada de un grillo

regalándole escalas musicales
al rincón de los niños de tus senos.
Arriba está el *ustedes y su* fiesta
de fantasmas hambrientos
que comen sin descanso
para no deshacerse al primer golpe de aire.
Abajo están los pies
pisando los prejuicios y aplastando
los gusanos del miedo.
Nos vemos de reojo.
Y advertimos que ya los pies han hecho,
cuchicheando dulzuras, una cita,
en que los dos, tú y yo,
tarde o temprano habremos
inexorablemente
de ser acribillados a caricias.
Arriba están ustedes, hechizados
más que con el almíbar de los postres
con la mediocridad que saborean.
Están por levantarse, satisfechos,
dispuestos a sufrir, hasta la noche,
sus ruidosos eructos de estulticia.
Y abajo de la mesa
los pies siguen diciéndose otro mundo,
hablándose otros sueños,
subvirtiéndolo todo con la pólvora
del atreverse al fin.
Del *atreverse*.

OJO DE CERRADURA

Este poema es más que poema
el ojo de una cerradura.
Sí, en este libro,
en este canto,
en esta página
hay un ojo de cerradura.
Acércate, lector.
No temas nada.
Pon tu ojo derecho aquí
en medio de estas letras.
Deja que un poquito de corrupción
embargue a la niña de tus ojos.
¿Qué ves?
Sí, que ella va de un lado al otro
como la belleza encerrada en una jaula.
Pero, fíjate bien:
¿qué está haciendo?
Claro, desnudándose.
Le está quitando retórica a su cuerpo.
Observa bien:
mira cómo los senos
hacen subir ligeramente la luz del mundo.
Mira cómo las piernas
son la apoteosis del terciopelo.
Acércate, lector.
Estos versos te brindan
la posibilidad
de ver, sin que te vean,
las intimidades de un pronombre.

EL REGRESO

Hay quien saca a pasear al parque
a su perro, su gato, su nostalgia.
Tú y yo, en cambio, ayer por la noche
sacamos a pasear al *nosotros*.
Iba junto a los dos,
sin confundirse ni contigo ni conmigo.
A decir verdad era un *nosotros*,
con muy poco de tiempo gateando en sus entrañas,
pequeño, torpe, tartamudo,
que apenas sabía dar unos pasos
y difícilmente nos seguía.
A veces se tomaba de mis dedos
y cuando me sentía distraído
me jalaba de la manga,
de los bordes de la atención,
para que volviera hacia él,
enredada en las pestañas,
la mirada solícita.
Otras veces se iba junto a ti
traduciendo tus pasos
en carreras y carreras
para ir a la par de tu odio por las tortugas.
Al poco tiempo,
el *nosotros* empezó a crecer,
a echar vida,
a multiplicar sus exigencias.
Entonces lo cargamos,
lo colocamos entre los dos,
nos lo pusimos,
y al tornar del parque, hacia la madrugada,
ya no éramos un *tú* y un *yo*
que sacan al *nosotros* a pasear
sino simplemente éramos nosotros
que regresábamos a casa.

LA PERSECUCIÓN

Acosados por ustedes,
huimos por el desfiladero
como una larga y temblorosa hilera
de puntos finales.
Algunos de nosotros se despeñan,
caen como avalancha de destinos.
Mas nos volvemos fuertes a la mitad del pecho.
Nos pueden derrotar. Tomarnos cautivos.
Maniatar nuestras lágrimas.
Exterminarnos.
Pero el ideal y el cerebro coinciden en la frente
que marcha hacia adelante.
Así que: continuemos, criaturas dedicadas
a deletrear el infinito.
La serpiente, entre tanta basura,
dará finalmente con su cola.

LA META

Por la escalera de caracol
cayeron.
En una avalancha
de sustos,
de azoros mordidos por el ansia.
Al final,
vieron que nada había sucedido.
Nada, salvo una pequeña mancha en el cerebro.
La seguridad de todos,
mareada por las vueltas,
se levantó
se limpió la caída,
e intentó de nuevo ascender.
Alguien dijo entonces:
¡adelante!
Nos falta sólo un infierno
para el paraíso.

CIERTA TERNURA CONVERTIDA EN RUEGO

Aquí, en el pozo al que he caído,
no hay más agua que la de mis lágrimas.
¿Por qué no me ayudan a salir?
La oscuridad juega su solitario de párpados.
El sol brilla por su ausencia.
Tengo hasta los huesos enlamados.
Por Dios, bájenme la cuerda,
pónganme el oxígeno al alcance de las manos.
Compadézcanse de este hombre
que al mismo tiempo de precipitarse
sintió que el corazón se le caía
hacia sus pies sin fondo.
Por lo que más quieran
bájenme ya
la línea de la vida...

LA FRONTERA

Vosotros, oh dioses,
no podríais sustituirnos,
como el vocablo *sublime*
no puede usurpar, en el diccionario,
el lugar en que aparece la palabra
minúsculo.
Lloraríais demasiado.
Blasfemaríais sin fin.
Perderíais la frente en las paredes.
Nosotros
tampoco podríamos sustituirnos
como el lodo no puede,
aunque sea el juguete de sucios ventarrones,
manchar el firmamento.
Os compadeceríamos eternamente.
Viviríamos invadidos por una culpabilidad
sin parpadeos.
Y terminaríamos por descrearos.
Por eso vosotros tenéis que estar donde estáis
y nosotros donde estamos
separado por la línea fronteriza del *ni modo*.
Salvo que... vosotros
hayáis sido imaginados por nosotros
al embriagarnos un día de metafísica
y subírsenos el cielo a la cabeza
o que nosotros
seamos una pesadilla vuestra
después de haber vosotros disfrutado una ambrosía
preparada con divinos condimentos
y en el jugo
de su propia perfección.

LÁGRIMAS HINCADAS DE RODILLAS

Tenía razón el viejo Epicuro:
no existe la muerte.
No. No existe,
aunque se desviva
por meternos
su zancadilla de gusanos.
Vivimos,
cargamos nuestra cruz de oxígeno,
y no existe:
el corazón recorre
su camándula de segundos
y en las fosas nasales aletean
solícitas mariposas de aire.
No existe, aunque pensemos, vivos, en la muerte
o nos imaginemos en la caja mortuoria
rodeados de la lástima, la culpa
y hasta de algunas lágrimas hincadas de rodillas.
Al morir tampoco existe,
pues se nos muere aquí, dentro del pecho, nuestra muerte,
mientras desertan los estertores últimos del pulso
y hay no pocos epitafios que se muerden la cola.
Morimos por la muerte de los otros.
Nos ponemos su tránsito.
Ceñimos su cadáver a nuestros brazos y piernas
y abotonamos con sus úlceras
nuestro traje.
Enguantamos, por último, las manos
que están arrinconadas en su ademán postrero,
y que aprietan,
con el pulgar y el índice,
el último de todos sus segundos.

ARS POÉTICA

En el jardín,
las flores no compiten unas con otras.
El jardinero no se anda organizando
concursos de belleza.
La rosa no luce una vitrina plagada de trofeos,
ni cuelga, en alguna de sus espinas,
la medalla del primer lugar,
el privilegio de sentarse a la diestra
del infinito.

La gardenia no lanza bravatas de perfume,
parada de puntas en su megalomanía,
contra las violetas y sus pobres vestidos de percal.
La magnolia no vive en un superlativo.
Ni su perfume es un incienso
por fin canonizado.

Los azahares no pretenden
lanzar el do de pecho de un aroma
sintonizado en lo perfecto.
En el jardín,
no hay una sola flor monárquica:
ninguna tiene el atrevimiento, la soberbia
de pensarse "la belleza soy yo",
"soy una coartada para entrever el paraíso",
"soy un poco de Dios que ha germinado".

En el jardín nadie pretende
hacer juegos florales,
ni jugar a las vencidas con sus pétalos
o sus perfumes.
Nadie carga en hombros al narciso.
No se le pagan horas extras al hueledenoche.
No se le levanta un brazo al heliotropo.
No se le da un diploma de perfección
la azucena virgen
su congregación de hostias.
No hay una mafia de mastuerzos, magnolias y petunias
para encumbrarse sobre las margaritas

los girasoles.
En el jardín
cada flor tiene su espacio, su terreno,
su pedazo de estética.
La fresca calidad que la hace única.
La maceta es un nido donde aprenden
a dejar de volar todas las aves
y a soltar sus gorjeos de perfume inédito.

No hay en el jardín
par de musculaturas que midan sus fuerzas.
No hay, como en el estadio, dos luchadores que busquen,
como par de estrellas esgrimiendo rayos,
y en la enredadera de su lucha libre,
la flor cuantitativa de su triunfo.
Seguro de ganar, el discóbolo graba el tarareo
de su cantar victoria en cada disco.
Sueños hay de victoria
que, débiles, se pierden
en cualquier vericuelo de la anemia,
mientras que otros se forman
con un cerrar más fuerte de los párpados.
La lucha, la competencia,
el "a ver quién llega primero al crepúsculo"
o el "corramos de tal modo
que no pueda esfumarse un espejismo"
son, en el estadio,
la ley, la lógica, la vida,
el mundo de los rápidos, los fuertes, los hábiles,
los que quieren aventajar al otro,
ganarle por un sueño,
y sentir que su yo, su pobrecito,
se transforma en un héroe:
salta desde la mosca hasta la araña,
desde el miedo hasta el ogro,
desde el tiempo arrodillado en el espacio
hasta el Señor que dice
las leyes naturales.

El arte es un jardín.

No un ámbito de lucha de todos contra todos
donde la flor es loba de la flor.
En él no hay vencedores ni vencidos.
Por lo que más se quiera, no se siga
pensando en un hipódromo de ráfagas
cuando hablamos del arte.
Cada creación
emprende, allá en su tiesto o su parcela,
su manera muy propia, incomparable,
de andar por este mundo,
de repartir belleza a domicilio,
a nostalgia de luz,
a niña de ojos.

EL DILUVIO

Homenaje a Hegel

El diluvio se inició hacia la madrugada.

Los primeros indicios de la aurora nacieron anegados.

El agua tuvo la pretensión de sustituir a la atmósfera.

En las fosas nasales empezaron a germinar florecillas silvestres.

Entre el palo mayor y el ancla,

el viejo dio los últimos retoques a su temeridad.

Y con su voz de bajo bíblico

conminó a todos los seres a penetrar en parejas a su arca.

Entraron el día y la noche.

La izquierda y la derecha.

El arriba y el abajo.

Tú y yo.

El y ella.

Nosotros y ustedes.

Ellos y ellas.

Nuestro hombre

logró salvar del diluvio la dialéctica.

LAS HUESTES DE HERÁCLITO
1988

CUANDO ADVIENE LA CREDULIDAD

¡Qué derrumbe!
¡Qué aguacero de dioses!
¡Qué lodazal formado
con el agua iracunda
del Diluvio!
¡Qué cielo
con los pies de barro!

TRIÁNGULO

Nos revolcamos en el lecho
la culpa, tú y yo.
¡Qué intercambio, amor mío,
de fronteras!
Durante horas
tiene lugar
la lucha carne a carne
entre el pudor
y la audacia.
De pronto
unos zapatos se alejan corriendo
un adiós se unta en las paredes
la prisa se transforma en portazo
y yo me quedo en el lecho
revolcándome con la culpa.

CONTRAPUNTO

El politeísmo se convirtió en monoteísmo.
El monoteísmo en panteísmo.
El panteísmo en ateísmo.
Del politeísmo al ateísmo
hay un largo calvario que finaliza
con la crucifixión del más allá.
Ciertamente la historia de nuestra horfandad
es, a un tiempo,
la historia de nuestra paternidad.

EL ASCENSO

Que tiemblen las estrellas.
Materializando la audacia de los ojos,
la torre crece, crece.
Sólo le falta un adobe para llegar al cielo.
Cada quien a su sitio.
Que todo albañil le dé las instrucciones adecuadas
a sus músculos.
Arriba, mis audaces,
a la conquista del último centímetro.
No teman la derrota.
No se nos sorprenderá como la vez pretérita:
ya se ha ordenado la movilización
de todos y cada uno
de nuestros traductores.

EL RESPETO

Sal de ahí, mocoso.
Cuidado con las manos.
Deja esa caja, déjala.
No vayas a regar
las reliquias del Anticristo.

APOLO MUSAGUETA
1989

VICENTE HUIDOBRO

Como una dura exhalación volante
cruza del aeroplano la silueta.
Baja un paracaídas y un poeta
y prosigue su ruta trashumante.

El lírico despojo, luz mediante,
el derrumbe del ángel reinterpreta.
Caída al lodazal de este planeta
desde un altivo gesto desafiante.

Yo soy ese poeta, y es mi abismo
la sentencia sin fin; mas soy un bardo
rebelde sin cesar en mi ostracismo.

Rebelde, con la furia en los nudillos,
porque me di en poner y ahora guardo
menudencias de cielo en los bolsillos.

LA EXCEPCIÓN A LA REGLA

Qué funciones tan seguras: cada hormiga va al trabajo con su instinto, con un fajo de mendrugos, con premuras misteriosas. Va al atajo. Después sube. Qué figuras del quehacer, qué miniaturas del maléfico destajo.

Hormiguero: qué junturas construidas en un cuajo de terreno y de cascajo. Qué perfectas coberturas contra todo escarabajo. Qué resguardo de criaturas diligentes. Qué estructuras hacia arriba y hacia abajo.

Mas de pronto hay una hormiga que se evade de la norma. Mira al cielo, se transforma. De las otras se desliga. Piensa en todo, se investiga, y en sujeto se conforma.

Pobre hormiga. Mala suerte. Decisión inquebrantable. Ahora carga, con la fuerte confusión de lo indeseable, la ramita formidable de la idea de la muerte.

SUICIDIO

Todo el tiempo de pronto está en mi mano. Por mi
[última mirada me paseo.
Huérfano de futuro, me codeo con vapores y sombras del pantano.
Mi carta está en la mesa. La releo. Me atisbo en ella
[atónito, lejano,
buscando el alfabeto del arcano, dándole carta abierta al aleteo.

Bebo la decisión. Tarde o temprano tendré que oír las
[lenguas del deseo.
Me aproximo a la nada. La olfateo. Demando la agonía.
[Voy al grano.
Amenazo al oxígeno y golpeo las puertas de no se qué
[meridiano.
donde se oye el aullido del gusano que tiene en mi
[epidermis su trofeo.
Me aproximo al final de la locura. No podría vivir.
[Cualquier segundo
sería como un siglo, como un mundo, y a ciencia cierta sé
[que la conjura
del puñal y la mano me captura, me deja sin mañana,
[moribundo

Siento que voy cayendo. Pero blando, dulce, y fresco es el
[sitio en el abismo
donde termina al fin mi cataclismo. De pronto me despierto y
[miro cuando
con un puñal estoy apuñalando una fotografía de mí mismo.

LA OPERAMADA

Después de descifrar el himensaje
que puvislumbra el ojo cuando espía
la intihumedad caliente de tu estría,
me sé medicorrecto en blanco traje.

Receto pomamadas y masaje,
dulzocitorios tibios y sangría
y ante la paridez, la cirugía
que convierta el follar en un follaje.

Preparo el bisturí. Lo erectotomo.
Desinsecto mis manos y me asomo
a tu camiyacente gozaltante.

Y al cuchillido, abierta a los deseos,
huracamando el mar de tus meneos,
sufres mi opiernación orgasmojante.

13 VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Hondo y alto como el árbol.
J.R. Jiménez

1

Todo lo que sucede
en las raíces del árbol
¡hasta el silencio!
repercute
en el piar de las aves.

2

Las raíces, árboles invertidos,
imaginan al tronco y a sus ramas
como la raigambre de su fronda sepulta,
de la fronda en que se oye
el pestilente trino de un gusano.

3

Los pájaros cuelgan su rima
en las puntas del ramaje.
Viajero, llega callado.
Sortea la hojarasca.
No se vaya a asustar
el contrapunto.

4

No sé si mi atención melómana
o el hambriento picotear de los pájaros
en distintos puntos del aire,
fue la causa de la paulatina desaparición del cielo
hasta ser únicamente el telón de fondo
de las inauditas acrobacias
de un gorjeo.

5

Lo que podemos apreciar
en la copa del árbol

—¡hasta el empecinamiento de los capullos
por robarse una estrella!—
ocurre en las raíces.
Pero aquí
—como los topos
y su afán de ser
ruiseñores subterráneos—
todo es oscuro.
Hay un firmamento caliginoso
y enlodado.
Un aire inmóvil, mefítico, asfixiante
(que obliga a la tierra y a las miasmas
a cambiar sin cesar de estados de ánimo).
Tormentas con su epicentro
en no sé qué deidades iracundas.
En fin: constelaciones de gusanos.

6

Los gorriones, injerto del ramaje,
forman los frutos de los nidos,
de los nidos que vienen hacia el césped
porque maduran con viento
o porque intentan sostener el pájaro ciclópeo
de la ley de gravedad.

7

El tronco finge ser un atajo
de la tierra al firmamento.
Algo así como un perpetuo
flechador de centímetros.

8

Las raíces,
con su eterno ademán
de escarbar hacia el centro del planeta,
convierten,
en la alquimia de la botánica,
los jugos nutricios
en ese millar de flores
del tamaño del asombro

o del color con que amaneció esta mañana
la poesía.

Y es que, como diría mi tinta
en una de sus anteriores encarnaciones,
lo que el árbol tiene de florido
vive de lo que tiene sepultado.

9

Los problemas de toda Torre de Babel
no provienen de alguna descompostura
sufrida por sus ambiciones
o por las hélices invisibles
de su helicóptero,
sino de sus pies de barro.

10

Lo alto y lo profundo
se confunden
como el sistema solar
que juega al escondite en un átomo
o como el sauce que llora
toda su semejanza
sobre el río.

11

Hondo y alto como el hombre
que, si sacude su mechón de endritas,
se ve en la necesidad
de darle brochazos de perfume
a su carroña.
Hondo y alto como el místico
que, después de un despellejamiento de alaridos,
y de flagelar la espalda de sustentaciones,
se va en peregrinación a su delirio,
contempla durante horas el canal de lo perfecto
y se va canturreando
la música de los astros.
Hondo y alto como el crápula,
que recibe las tablas de la ley de manos del deseo,
que organiza aquelarres de sentidos,

y ve cómo la culpa
se va adueñando,
uno a uno,
de todos sus órganos internos.

12

Hondo y alto como Saturno
que no puede olvidar
las canciones de cuna
que cantó a sus hijos
antes de devorarlos.

13

Alto y hondo como el poema
hecho para ir de boca en boca de los dioses,
para limpiar de telarañas las yemas a los dedos amorosos,
para sacar de una caballeriza de pegasos
la larga marcha por la fantasía,
para festejar,
con la copa en alto,
y un cuerpo de mujer allá en el lecho,
la tercería de los alcoholes.
Alto y hondo como el poema
que al tiempo de abrir una metáfora
(como ojo de cerradura
para entrever las cloacas de la pornografía)
redondea por lo menos un verso
que habrá de ser canonizado.

EL TRÁNSITO

Inédito

PRIMEROS PASOS EN LA RECTA FINAL

Hace tiempo, tuve unos amores tormentosos. De la noche a la mañana, me hallé con pañuelos compungidos, convulsiones, requerimientos y portazos. Mi solapa estuvo a punto de perder la dignidad. Mi teléfono abandonó su papel tradicional de resquicio, ojo de cerradura para el tímpano, para volverse ventanal ante la angustia ajena, las manos desquiciadas y la agitación de un estandarte de ojeras acusadoras. Mi corazón dio un traspié y cayó en un pequeño charco de lágrimas. Pero no puedo recordar el nombre de la mujer que tanto demandó y ocasionó. Comenzar a peinar olvidos y extraviar el nombre de una amante —de una mujer que coleccionaba orgasmos de poeta— es el signo inicial, inconfundible, de que se empieza a envejecer.

LA CÁTEDRA

El Perverso vio de frente a la Mujer Normal. Descubrió el escondite de la cremallera. Y dijo: ¿por qué te asustan mis insinuaciones? La Mujer Normal sintió que el sudor le perlaba el impulso. Bajó los párpados. Y salió debajo de la cama.

El Perverso insistió: ¿qué tienes contra mis manos? La Mujer Normal se limpió el polvo y se echó a llorar. El Perverso la sentó por la fuerza en sus piernas, se puso los lentes y empezó la lectura de su monografía sobre el pecado.

Un año después, la Mujer Normal se deshizo del remordimiento. No simpatizaba, sin duda, con las infracciones de tránsito. No entendía el dialecto de las exageraciones. No le soltaba las riendas a sus atrevimientos. Pero ya había organizado un círculo de estudios con sus zonas erógenas. Ya había conversado de pornografía con las yemas de sus dedos. Ya, en fin, se había decidido a cometer, sin titubeos, pecados inmortales.

Y así, la Mujer Normal se fue deslizándose imperceptiblemente hacia el último cajón de la libido, hacia el relajamiento de sus negaciones, hacia la apoteosis de lo reprimido, hacia las ocho columnas del escándalo.

El Perverso la contemplaba, a todo, como el maestro ve a su pupila, la nena de sus ojos. Aplaudía. Canturreaba victoria. Y registraba puntualmente los adelantos sensoriales de ese corazón revestido de tacto.

La Mujer Normal, sin embargo, rompió todo límite. Cohabitó con el lado más húmedo de los secretos, sedujo a sus indiferencias, escarbó en toda cama a la búsqueda del paraíso y estuvo a punto de morir, como Cleopatra, por la mordedura de un falo.

El paso de la Mujer Normal aventajó al Perverso. Lo dejó muy atrás, dedicado a masturbar quién sabe qué ortodoxia.

La Perversa vio de frente al Hombre Normal. Descubrió el escondite de su cremallera. Y dijo: ¿por qué te asustan mis insinuaciones?

MINICUENTO POLICIACO

A asesinó a B. Y, tras de hacerlo, se disfrazó de A'. C, después de múltiples pesquisas, y tras de asediar a una biblioteca entera de novelas policiacas, descubrió que A tenía las manos llenas de la sangre de B; pero no que A se hubiera disfrazado de A'. CH, en cambio, y por pura suerte, cayó en cuenta, no que A hubiese asesinado a B, sino que A se había disfrazado de A'. C y CH han hecho una cita para comunicarse sus descubrimientos: el de C, que A mató a B; y el de CH, que A vive disfrazado de A'. Estamos a punto, se diría, de un caso resuelto. Pero resulta que D —el psiquiatra de A— ha revelado al mundo que A no sólo gusta de asumir tales o cuales disfraces, sino que padece un desdoblamiento de personalidad que lo hace figurarse a veces ser C y a veces CH.

NOÉ

Las fuerzas naturales fueron afinadas para iniciar el tercer movimiento de la sexta. El relámpago puso su brochazo de pintura blanca en el aire. La oscuridad, los truenos y los rayos empezaron a hojear un cuento de terror. Antes de descoserse, en las nubes hubo un mitin de cántaros. El viento sufrió la más histórica de sus pérdidas de paciencia. Los árboles comenzaron a flagelarse con latigazos de agua. Y se inició un huracán violento, compacto, infinito: algo que podría llamarse diluvio y cuenta nueva.

Yo me hallaba seguro, confiado y optimista, con mi barco de papel entre los dedos.

UNA LLAMADA TELEFÓNICA

Si, ¿con quién hablo? Silencio. Bueno, bueno, ¿quién es? Silencio. ¿Eres tú, Cristina? Silencio. ¿Guadalupe? Silencio. Por favor, carajo, ¿quién habla? Silencio. ¿Serás tú, oh silencio, quién me llama? Silencio.

ÍNDICE

Presentación. Hijo y nieto de poetas.....2

POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS

Oda a la goma de borrar.....11
Confidencias de un árbol.....13
En el mercado.....16
Discurso de José Revueltas a los perros en el Parque
Hundido.....18
Invitación.....21
Gulliver en el país de las metáforas.....22

LA LARGA MARCHA

Antesala.....27
El
poeta.....29
El camino y su viandante.....32
Monólogo de la piedra.....36
A Orfeo se le acabó un día el tiempo.....37
La recta de su pasión errante.....38
El pugilato.....40
En un hotel.....41
Angel sin fe de erratas.....43
Epílogo.....45

QUE DEJE EL CASTILLO DE ESTAR EN EL AIRE

Tres formas distintas de encontrarse solo.....48
Sin rechinos de letras.....50
Monólogo de don Juan.....52
Los cánones de la rienda.....56

EL LIBRO DE LOS PRONOMBRES

Crónica de un duelo.....60
Este puño sí se ve.....61
Insinuación de oxígeno.....62
Balada.....63
Epitalamio.....65

Las cartas en la mesa.....	66
Complicidad.....	67
Ojo de cerradura.....	69
El regreso.....	70
La persecución.....	71
La meta.....	72
Cierta ternura convertida en ruego.....	73
La frontera.....	74
Lágrimas hincadas de rodillas.....	75
Ars poética.....	76
El diluvio.....	79

LAS HUESTES DE HERÁCLITO

Cuando adviene la credulidad.....	81
Triángulo.....	82
Contrapunto.....	83
El ascenso.....	84
El respeto.....	85

APOLO MUSAGETA

Vicente Huidobro.....	87
La excepción a la regla.....	88
Suicidio.....	89
La operamada.....	90
13 variaciones sobre un tema de Juan Ramón Jiménez.....	91

EL TRÁNSITO

Primeros pasos en la recta final.....	96
La cátedra.....	97
Minicuento policiaco.....	98
Noé.....	99
Una llamada telefónica.....	100